

# La ciudad en el desierto de los nenúfares

Michel Abax

## Capítulo uno

El Abismo del infierno protege con su estrecha garganta al pueblo de las nubes. Millones de flores y de mariposas rojas proliferan en las paredes de este infierno. Un semicírculo en hierro y una decena de tablones franquean este abismo, de cuyo fondo proviene un colérico rugido de agua.

Un hombre a caballo ha bloqueado el puente. El cuerpo de la bestia se encorva, su hocico roza los tablones y su mirada se fija en el barranco, siguiendo el rugido del torrente. Los tablones crujen de repente. El caballo patalea y sus cascos danzan sin avanzar, como pasos pulsados por el miedo. Su jinete sin riendas se sacude como un títere y pierde su sombrero.

Un rancharo borracho atrapa las riendas y golpea a la bestia sobre la sien. Con el ojo inyectado de sangre, tiembla el caballo despavorido. Mientras el rancharo la hala para hacerla atravesar el puente, la bestia se suelta sin levantar la mirada del piso. El hombre retrocede y tropieza. El caballo avanza hacia él y contra los tablones golpea su casco.

Entre los lugareños que se han agrupado, una joven mujer joven con su bebé en brazos grita que hay que pasar cueste lo que cueste. Extiende su hijo hacia el jinete impotente y con sus caderas se abre paso entre los niños y obreros agrícolas que le bloquean el paso.

Desde la mitad del puente, insensible a las riendas, el caballo encabritado no sabe de qué lado huir. De las dos salidas, el abismo le separa. Pero ella avanza cubriendo a su hijo con la carne de sus brazos y fija su mirada de madre en los ojos de la bestia.

El caballo responde a su mirada. Posa su casco sobre el tablón. El cuero de sus muslos de repente deja de temblar, sus fosas se dilatan. Su ojo se hincha desde el centro de la órbita y su aliento se hace ruidoso.

Sin quitarle los ojos de encima, la mujer le pasa por el lado. Al otro extremo del puente se da vuelta, destapa a su bebé y da un paso. Su voz dulce engaña al

jinete, « Ven... mírame otra vez, sí, ven... ».

Un camión cargado de bultos de café surge en medio de un estrépito de chatarra y polvo. Sin intenciones de detenerse, su bocina suena sin parar, como si sin frenos los fuera a atropellar a todos.

Y entre gritos y abucheos, sálvese quien pueda. En un santiamén el caballo salta el obstáculo con alas invisibles.

Una nube de tierra avanza por la vía libre que va dejando el camión. Desde su interior un viejo en una bicicleta roída por el óxido hace tintinear su campanilla, ganándose los improperios del ranchero, que lo trata de conductor desquiciado. El ciclista afloja el manubrio, le suelta una cachetada, y desaparece entre el polvo.

Muchos fueron testigos de esta humillante cachetada al escritor, traición de uno de sus mejores amigos. Toda una vida de enemigos y luego adiós, eras el más grande, admitido en epitafio.

\*\*\*